

# SIGUEN LAS CENAS POLITICAS

Todavía no se ha borrado de mi imaginación la cena política organizada por Antonio Gavilanes y Alberto Ballarín, los dos prohombres del centro-derecha.

Confieso ingenuamente que nunca había asistido a estos yantares. Miento: una sola vez asistí al que organizó Ignacio Camuñas, el inteligente promotor del grupo de editoriales en torno a Gaudiana, aunque por motivos de colaboración intelectual en su obra anual *España, perspectivas*.

Pero esta vez hice una excepción a petición personal de Gavilanes.

Yo que siempre predico —creo que con la palabra y el ejemplo— el diálogo y la convivencia, no tenía ninguna razón de peso para no asistir. Es verdad que mi tema, el religioso, no está directamente relacionado con la arena política (aunque sí con la política en cuanto inquietud y responsabilidad de los hombres por su convivencia).

Por eso fui más en espectador que en participante. Y sin embargo, sin comerlo ni beberlo, me encontré en medio del ruedo de intervenciones de los asistentes a esa cena.

El marco era un hotel de lujo (muy de derechas, o de centro-derechas), y un grupo de bellas amigas de Gavilanes adornaba la mesa presidencial con sus sonrisas. Con una sola excepción, la de María Cuadra, única participante en el coloquio (y, por cierto, con sereno coraje).

Todo el mundo que había intervenido en la primera parte del coloquio parecía sentirse muy a gusto repitiendo que era de derechas o de centro-derechas. Y daba la falsa sensación de que todos asentíamos, incluso la joven batería de periodistas que estaban enfrente de la mesa presidencial.

Pero sólo daba la sensación, porque a partir de un momento determinado todo dio un giro brusco.

El primero fue Camuñas con su crítica acerada de situaciones concretas en el país, que le sentó enfrente, o aparte, de las posturas antes repetidas con una cierta monotonía. Es un joven con garra, con deseo de aunar voluntades independientes. Me gustó su valentía.

Interesantes por sinceras las palabras de Escudero Rueda, el procurador en Cortes, quien nos pintó, con viveza y autenticidad, el nuevo carlismo, que parece no conservar del antiguo sino el nombre y un tenue esqueleto.

Curiosas las palabras del procurador Tarragona, que se declaró situado en una nueva categoría que nadie se atrevió a confesar allí: dijo que su clasificación era la de un hombre rico, pero que eso no tenía nada que ver con derechas o izquierdas, porque él tenía una inquietud social y, por eso, se inclinaba hacia la izquierda entendida en ese sentido y no como un socialismo.

Y aquí es donde empecé yo a perder pie (mentalmente, se entiende) hasta no saber dónde estaba. Hubo quien llegó, con ingenuidad beatífica, a afirmar que don José María Gil Robles había sido un hombre de izquierdas en tiempo de la República. Cuando el problema de entonces era exactamente el contrario: el tono de derechas que tenían hasta las izquierdas republicanas.

Desde ese momento, algunos jóvenes empezaron a disentir de la nueva calificación de centro-derecha que se daba al Centro de Estudios de Problemas Contemporáneos, y hubo claras y nada confusas confesiones de izquierda, incluso por algún joven periodista allí presente.

Pero algo de esto pareció no agradarle a Ballarín y soltó un breve pero apasionado *speech* contra el izquierdismo que él llamaba de salón y contra la *gauche divine*.

Yo, cuando intervine, no pude decir cosas brillantes ni ingeniosas porque no me sentía en situación y porque no creo en ello. Quizá mi régimen de comida casi vegetariano —al que me adhiero con gusto— me hacía apreciar muy poco esa cena y ambiente escogidos. Quizá sea un poco bicho raro (me decía yo al empezar a intervenir), pero me sentía como el pez fuera del agua y así lo dije un poco tímidamente.

Acababa de llegar de un seminario de trabajo —el polo opuesto de esta cena— organizado por una treintena de jóvenes no violentos que estaban decepcionados de bellas palabras y de actitudes agresivas, y que desearían no seguir hablando de libertad, moderación, oposición, orden y competencia (en

ese batiburrillo incoherente que es producto de nuestro mundo adulto actual). Desearían que todos nos diéramos cuenta de que lo deseable no es sólo ni preferentemente un cambio de personas, ni aun siquiera de instituciones; lo decisivo (como intuía nuestro Ortega hace cuarenta años) es el cambio de sociedad, de las costumbres y de la mentalidad social. Lo importante es la gente y no sólo el marco que le ponemos a la gente. Porque el marco sin cambio de actitud (mental, afectiva y material) de la gente, de la masa, del pueblo, no es gran cosa. No sé si alguno se escandalizará de que aquí cite a Lenin. Pero lo cito no como político o ideólogo (que en eso ahora no entro), sino como el experto en transformación social que fue. Era una gran personalidad social, un gran líder y organizador (a juzgar por lo que dice su enemigo el padre Bochenski, O. P., especialista en anticomunismo); y Lenin decía y hacía lo que no supimos realizar los españoles cuando redactamos, por ejemplo, nuestras avanzadas Leyes de Indias en el siglo XVI: que lo necesario es hacer aquello que sea más eficaz para cambiar a la gente dándole conciencia de la realidad, objetivamente y sin apasionamientos demagógicos ni palabras ineficaces, como hacía el filósofo y revolucionario de salón Plejanov en su tiempo, y como repiten muchos hoy más apagadamente.

Y estos muchachos cansados de congresos ilusos, propagandas ininteligentes, castigos inútiles y «contestaciones» violentas y contraproducentes, piensan de otro modo distinto y quieren conseguir una sociedad diferente de la que se vive hoy en el mundo.

No son brillantes oradores ni escritores atildados, o políticos avezados a las justas verbales, como algunos comensales de esta cena. Son convencidos de una idea y están decididos a practicarla con todas sus consecuencias. Aunque no se les entienda, aunque tengan que ser objetores de conciencia contra la guerra y los armamentos, y por eso sufran prisión.

Y si son no-violentos, lo son también en sus métodos, porque creen —como Simone de Beauvoir— que quien imita el modo de actuar de sus contrarios para defenderse de ellos, está mal-educando a la sociedad y creando, sin darse cuenta, la inclinación y la costumbre favorable a lo que se pretende combatir. Eso creía la amiga de Sartre que les pasaría a los resistentes franceses de la última guerra mundial si empleaban los métodos nazis para defenderse de los seguidores de Hitler: y así ocurrió. Francia, con su aparente democracia, está ahora muy cerca de los métodos dictatoriales en política o en organización empresarial, aunque el francés lo sepa calcar todo con guantes de seda.

Gusta —como en estas académicas cenas— hablar de libertad, criticar la censura explícita o encubierta, pero luego arremetemos contra quien tiene un concepto más amplio de la libertad o del socialismo que nuestro tan frecuente pensar de grandes voces, pero en el fondo de gran moderación. Y eso ni gusta a la juventud, ni es perspectiva que merezca la pena para el futuro, por mucha cena política que se convoque para ello. Yo por eso —y allí lo dije— me inclino por esta juventud y por la sociedad nueva que ella espera.

El hombre está en una encrucijada: o seguir en el *impasse* en que se encuentra el mundo con su competencia agresiva y egoísta, dorándolo de bellas palabras y engañosas psicologías, o ensayar algo nuevo, socializador, cooperativo, realmente espontáneo y liberador de lo mejor que tiene el hombre.

Porque el hombre no nace libre, se hace libre. El hombre no vive en libertad por mucho que esta palabra figure en el frontispicio de grandes palacios y monumentos, sino que ésta se consigue en la liberación real y concreta de las ataduras, internas o externas, que hacen del hombre un egocéntrico que se siente a gusto perdido entre la masa, o centrado egoístamente en su propio individualismo, despreciador de los demás.

Camino único pero difícil el de esta izquierda humanamente socialista, auténticamente liberadora, realmente espontánea y de verdad igualadora, que muchos propugnamos. El único camino —pienso yo— inspirado, sin caer en clericalismos dominadores de izquierda, en los valores humanos del Evangelio que recordaba ya en 1963 Pablo VI hablando de la inspiración cristiana de la Revolución francesa.

MIRET MAGDALENA